

Cuando el Señor Jesús caminó con Cleofás y el otro discípulo en el camino a Emaús el domingo de Pascua, los reprendió por su falta de fe. ¡Qué insensatos son! ¡Qué duros de corazón para creer!

Qué duros de corazón para creer. ¿Somos duros de corazón para creer?

Creer en Dios significa confiar en Él completamente. Nos humillamos ante Aquel en Quien creemos. Todos somos niños indefensos, ante Aquel en Quien creemos.

Cuando creemos en Dios, nos cumplimos. Él nos hizo a su imagen y semejanza. Si pongamos nuestra más profunda confianza en alguien o cualquier otra cosa, aparte de Dios, seremos traicionados. Pero si amamos a Dios con corazones infantiles, encontramos la base sólida de la Verdad absolutamente confiable.

Si no somos insensatos y duros de corazón, creemos en Dios y también en el Cristo de Dios. Creemos en el Hijo enviado por el Padre celestial. En virtud de nuestra fe en Dios, podemos contemplar a Cristo, nuestro hermano, por lo que realmente es: el Hijo eterno del Padre eterno, nuestro Salvador divino.

El Cristo se ofreció a sí mismo, en el sacrificio del amor divino puro, por nuestro bien, en la cruz. Se levantó de entre los muertos. Y tomó su lugar en la

gloria del cielo, donde reina como Sumo Sacerdote y Rey. No dudamos en confiar en este Rey del Amor, y confiar en Él completamente.

Tenemos que. Lo necesitamos a él. Necesitamos aire, comida y un techo sobre nuestras cabezas. Necesitamos a Jesucristo más.

No solo eso. Nosotros los creyentes cristianos, como los discípulos en el camino a Emaús, reconocemos a Cristo al partir el pan. Fe en Dios Todopoderoso. Fe en el Hijo de Dios, el Cristo. Fe en la Santa Misa.

La Iglesia no hizo la Misa; Cristo hizo la Misa, y al hacerlo, hizo la Iglesia. La Iglesia no hizo el sagrado sacerdocio; Cristo hizo el sacerdocio sagrado, y al hacerlo, hizo la Iglesia. La Iglesia no dijo "Este es mi cuerpo" y "Esta es mi sangre"; Cristo dijo "Este es mi cuerpo" y "Esta es mi sangre", y al hacerlo, hizo la Iglesia.

El Señor Jesús reunió a Sus Apóstoles, confiándoles Su Cuerpo y Sangre divinos por sus palabras infalibles, y luego ofreció ese mismo Cuerpo y Sangre en la cruz. Sus propias palabras aclaran la conexión inseparable entre la Misa y la cruz: "Este es mi cuerpo, que será entregado por ustedes"; "Esta es mi sangre, que será derramada por ustedes".

En otras palabras, creer en la Misa es creer en la Redención, y creer en la Redención es creer en la Santa Misa. La Misa y el sacrificio redentor de Jesús SON

LA MISMA COSA. La Iglesia no inventó esto; Cristo inventó esto, y al hacerlo, hizo la Iglesia.

Los discípulos abatidos en el camino a Emaús no entendieron la Sagrada Eucaristía que Jesús había instituido. Pensaban que la condena y muerte de Jesús involucraba una tragedia terrible. No se dieron cuenta de que era un sacrificio religioso, que era EL sacrificio del amor divino. Pensaron que su rabino amado había sufrido una derrota aplastante. No se dieron cuenta de que, en la cruz, el amor triunfó. Jesús se entregó al Padre, por nosotros, con perfecto amor.

El Papa San Juan Pablo II lo expresó así: "El sacrificio de nuestra redención es tan decisivo para la raza humana que Jesucristo se lo ofreció y regresó al Padre solo después de habernos dejado un medio para compartirlo, como si nosotros hubiéramos estado presentes allí ". Es decir, la Santa Misa.

Entonces: No, no insensatos ni duros de corazón para creer. No. Nosotros creemos! Creemos en Dios. Creemos en Cristo. Creemos en la Misa. Y anhelamos, con todo lo que tenemos, unirnos nuevamente en el altar sagrado